

Con voz propia. Mujeres rurales en los noventa

María da Gloria Marroni y María Eugenia D'Aubeterre

Dos bien conocidas y reconocidas estudiosas de la situación rural y las transiciones de las mujeres en el campo en México, María da Gloria Marroni y María Eugenia D'Aubeterre, han conjuntado esfuerzos para publicar este libro, *Con voz propia*, que reúne seis trabajos originalmente presentados como ponencias en el XXI Congreso de LASA en el año 2000. Como señalan en la Presentación, la elaboración y discusión de esos trabajos contribuyó no sólo a la reelaboración de las ponencias para convertirlas en los capítulos de este libro, sino además a la creación del Seminario de Género y Procesos Socioculturales en el Instituto de Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Ésta se ha convertido en uno de los espacios académicos más activos y propositivos de investigación social en torno a lo que sucede en el campo desde una óptica y un actor particulares: las mujeres.

La posibilidad de desarrollar esa óptica de investigación ha tenido que ver, como recuerdan las coordinadoras del volumen, con la irrupción del pensamiento feminista que contribuyó a hacer visible la presencia femenina tanto tiempo borrosa, cuando no olvidada, en la investigación sobre las sociedades campesinas. Ha tenido que ver también con el incremento –creciente e inocultable– de la participación femenina en todos los ámbitos de la dinámica rural de los últimos tiempos. Pero el libro trata no sólo de rescatar ausencias y develar invisibilidades. Las autoras han tratado sobre todo de captar, entender y analizar las razones, argu-

* María da Gloria Marroni y María Eugenia D'Aubeterre (coords.) *Con voz propia. Mujeres rurales en los noventa*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades: 2002. 183 páginas.

mentos y mecanismos a través de los cuales las mujeres “abren nuevos espacios, negocian y conquistan nuevas posiciones en la arena de la vida familiar y social más amplia”, con el fin de “lograr posiciones de mayor equidad y un mayor control sobre los recursos materiales y simbólicos, usualmente monopolizados por los varones” (pág.6) desde una perspectiva que incorpora al análisis la subjetividad de los actores sociales.

Los capítulos comparten además un espacio de investigación: comunidades rurales de tradiciones nahua y tlaxcalteca de los estados de Puebla y Tlaxcala. Comparten, finalmente, algo invaluable en estos tiempos: materiales fruto del trabajo de campo, es decir, información cualitativa, actualizada y de primera mano recopilada en las localidades de estudio con habilidades y recursos antropológicos. Lo anterior da a los textos una densidad etnográfica que hay que destacar, celebrar y agradecer. Como sabemos, son cada vez más escasos los trabajos sustentados en trabajos y materiales de campo abundantes, profundos, sensibles, de buena calidad. Ahora que, sin duda, un mapa donde aparecieran las comunidades estudiadas y las poblaciones urbanas con las que se relacionan hubiera ayudado al lector a conocer y captar mejor el espacio social de la investigación.

La Introducción del libro, a cargo de la historiadora norteamericana Mary Kay Vaughan, plantea una constatación y reflexión trastornadoras: la ironía de que haya sido el liberalismo el que haya “privilegiado a las mujeres más que a los hombres...porque su trabajo es más barato y es necesario para complementar el trabajo del hombre cada vez peor remunerado” (pág.9). Con todo, asegura Vaughan, la desvalorización del trabajo “se realiza en el marco de una matriz global de conciencia sobre la necesidad de igualar las relaciones de género”, que es la contradicción constante presente en la vida de las mujeres rurales hoy (Ib.).

Como se constata en todos los capítulos, las mujeres estudiadas por las autoras de *Con Voz Propia* han vivido en persona los impactos locales de la gran transformación sufrida por el campo en México en los últimos años. El mundo rural ha dejado de ser un espacio socioeconómico más o menos homogéneo, dedicado a las actividades agropecuarias y artesanales de autoabasto y productor de bienes de consumo básicos para la sobrevivencia alimenticia rural y urbana, centrado en el ejido y el predominio de los quehaceres y la participación masculinos, que eran los que jerarquizaban la vida social y fa-

miliar rurales, para convertirse en un escenario heterogéneo y ambivalente, en proceso de construcción y reconstrucción constantes, en el que han aparecido actores sociales nuevos y fuerzas sociales y económicas impredecibles, cambiantes, quizá lejanas pero igual de poderosas. En este nuevo escenario se ha hecho evidente que las mujeres del campo, queriéndolo o no, están jugando papeles cada vez más evidentes y centrales en la vida económica, política y social de sus comunidades.

En general, las comunidades campesinas estudiadas, como bien muestran las autoras, han sido severamente impactadas por la migración a Estados Unidos. En los últimos tiempos, Puebla y Tlaxcala se han sumado a la geografía de los estados expulsores de migrantes, sobre todo indocumentados, que han tenido que buscar en el otro lado las oportunidades de vida y trabajo que no existen en sus espacios tradicionales pero tampoco en las grandes ciudades del país (Durand, 1998). Pero las autoras han buscado explorar no tanto los impactos económicos de la crisis en el campo ni el de las remesas en las familias donde hay migrantes, sino que han partido de ambos hechos para indagar en las tensiones y argumentos, las resistencias, cambios y permanencias con que las mujeres campesinas están enfrentando las muchas heterogeneidades, complejidades, ambigüedades que definen al mundo y las familias rurales hoy. Esa manera de preguntar y preguntarse las ha llevado a penetrar en el ámbito más complejo, menos explorado, de la organización social campesina actual.

El capítulo de María da Gloria Marroni, "Pobreza rural, mujeres y migración masculina" (págs.15-44) parte de la hipótesis de que la migración masculina, sobre todo la internacional, puede favorecer "la disminución de la pobreza de ingresos...pero no necesariamente propicia la disminución de la pobreza humana, o una equidad en las oportunidades de los diversos miembros de la familia, de la comunidad y de las mujeres..." (pág.17).

Con base en la elaboración de un censo, de entrevistas, preguntas directas y cruce de información en dos comunidades del estado de Puebla, Marroni ha constatado diferencias y muchas ambigüedades respecto a lo que significa la pobreza vista desde los propios actores rurales, lo que la lleva a proponer que es posible distinguir "tres componentes de una misma situación": ser pobre, sentirse pobre y aparentar ser pobre (pág. 23). La distinción es clave. Porque, vista de esa manera, la pobreza aparece no sólo como un fenómeno medible con indicadores más o menos certeros, sino

sobre todo como una forma de negociación con el Estado aprendida y fomentada desde hace muchos años por "el agrarismo clientelar" (pág. 25). La distinción es también trastornadora.

Como señala la autora, las reformas neoliberales aplicadas en el campo a raíz de las reformas al artículo 27 parecen haber profundizado esa construcción social donde los campesinos han sido despojados –y ellos mismos se han tenido que despojar– de su identidad de productores agropecuarios, para refugiarse en la identidad de pobres, que es la única en la actualidad que les ayuda a negociar beneficios con el Estado. De ese modo, los campesinos han dejado de ser y de sentirse actores sociales con derechos y con los cuales el Estado tiene compromisos económicos, sociales y políticos, para hacerlos ingresar a las filas, al parecer más cómodas y baratas, de la filantropía, es decir, de los favores que tan en boga están en estos últimos años.

En esas condiciones, constata Marroni, la única opción para las familias ha sido la migración, todavía preponderantemente masculina en las localidades de estudio, hacia Estados Unidos, lo que puede generar recursos monetarios a las familias involucradas en el proceso migratorio, pero también es fuente de nuevas pobreza y precariedades locales. El escenario que perfila la autora apunta hacia un callejón sin salida: en comunidades escindidas entre familias con migrantes que mitigan, en una espiral sin fin, la pobreza económica de sus parientes con sus salarios arduamente ganados en Estados Unidos y pobres que tienen que manifestar y negociar con su pobreza para ser atendidos por el Estado, no es posible pensar en acuerdos y proyectos que modifiquen la dinámica que ha llevado a esa situación a muchas comunidades rurales. No sólo eso. En las comunidades estudiadas, constata Marroni, la situación para las mujeres, que son las que se quedan todavía en las comunidades, ha representado mayores presiones y controles sobre su tiempo, su movilidad, su sexualidad.

Una situación un tanto diferente es la que percibe y ofrece el excelente artículo de María Eugenia D'Aubeterre a partir de un estudio de corte antropológico realizado en la localidad de origen nahua de San Miguel Acuexcomac, Puebla, a 35 kms. de la capital del estado. La autora asume desde el principio que una de las transiciones mayores que ha vivido esa comunidad de antiguos campesinos minifundistas ejidatarios, que además producían esteras y canastos (pág. 47), ha sido la incorporación ace-

lerada de la población a la migración internacional. A principios de la década de 1990, de acuerdo con los datos de una encuesta aplicada a cincuenta y un grupos domésticos, la migración, dice la autora, era ya un fenómeno masivo en San Miguel que involucraba no sólo a hombres "en las etapas centrales de su vida productiva" sino también a adolescentes, mujeres solteras y también casadas o unidas (pág. 49).

Y es precisamente de ahí de donde han surgido las preguntas y el objetivo de su investigación. En "Migración transnacional, mujeres y reacomodos domésticos" (págs. 45-68), D'Aubeterre ha buscado escudriñar con precisión y detalle "cómo una serie de eventos y transiciones característicos del ciclo de formación y reproducción de estos grupos se ven modificados en un escenario de vida transnacional", en especial, respecto a la vida de las mujeres (pág. 47). En el contexto de migración transnacional en el que se mueven los hombres y mujeres de San Miguel, el proceso de reproducción de los grupos locales ha sido trastocado como nunca antes de manera tan profunda, al parecer también irremediable.

La autora constata, con gran agudeza etnográfica, tres áreas centrales donde se manifiestan las tensiones, donde se han plasmado los cambios: en primer lugar, en el patrón de residencia postmatrimonial patrivirilocal, que era el que ordenaba buena parte de los derechos y obligaciones de hijos e hijas en las familias campesinas de raigambre indígena. En segundo lugar, las madres se han convertido en las "guardianas" de recursos económicos —casas, terrenos— pero también de saberes y patrimonios simbólicos de unos migrantes que cada día están aprendiendo a desarraigarse para siempre de sus terruños, de sus sociedades rurales. Finalmente, las mujeres —sobre todo las jóvenes, en especial las migrantes— al comparar su condición en las comunidades de origen y en Estados Unidos, han comenzado a poner en tela de juicio las normas y obligaciones tradicionales —en especial la de nuera-suegra— y a urdir, dice la autora, argumentos originales —la cercanía conyugal, el derecho a la vida en pareja— que les permitan migrar con sus maridos y de ese modo destrabar las tensiones y complejidades de esa relación tantas veces conflictiva entre las propias mujeres.

Desde una perspectiva similar a la del capítulo anterior, María Leticia Rivermar Pérez elabora un estudio de caso en Santa María de la Encarna-

ción, Xoyatla, una comunidad nahua del estado de Puebla. En el artículo de esta autora resulta evidente que la migración a Estados Unidos ha sustituido a la migración a áreas urbanas –Puebla, Tlaxcala, México, Estado de México– que practicaban los nativos de Xoyatla entre los años 1970-1980, lo que habla del agotamiento del empleo no sólo rural sino también urbano que se ha experimentado en el país.

El estudio de caso que presenta Rivemar en “Migración y reorganización de las relaciones conyugales y familiares en una comunidad nahua” (págs. 69-93) da cuenta de los cambios en las normas tradicionales que suscitan las quizá pequeñas pero también incesantes decisiones que toman las parejas que viven en los espacios transnacionales, entre la comunidad rural y Estados Unidos. Pero muestra también cómo esos cambios, que modifican los derechos y obligaciones familiares tradicionales, están sometidos a fuertes tensiones que afectan de manera importante a las mujeres. Llama la atención el adiestramiento, sin duda cultural, de Carmen, la protagonista del estudio de caso, para “leer” sus desdichas a la luz de las transgresiones de las normas familiares tradicionales, en las que ha tenido mucho que ver su trayectoria de migrante internacional.

El novedoso capítulo de Martha Patricia Castañeda Salgado tiene que ver también con un asunto poco explorado en la investigación social: “el papel que juega la herencia en la vida de las mujeres” (pág. 96). Los materiales recogidos por la autora en la comunidad de Tepeyanco, en el estado de Tlaxcala, son abundantes, novedosos y dan cuenta de los profundos cambios que están experimentando los recursos –materiales, simbólicos– y su valorización para las familias de ahora. Se trata de un trabajo que, en principio, sigue de cerca los planteamientos de David Robichaux (1988) respecto a la organización social mesoamericana basada en la patrivilocalidad inicial de las parejas y la herencia de la casa pasa al hijo menor de la casa –el *xocoyote*– después de la muerte de los padres, a los que debe cuidar hasta su muerte. Con todo, dice la autora, siempre se han dado excepciones, que han hecho a las mujeres herederas de casas y otros recursos económicos clave de cada sociedad en diferentes momentos históricos.

De ese modo, dice la autora de “Identidad femenina y herencia: algunos cambios generacionales” (págs. 95-123), la posesión y herencia de bienes ha sido siempre una arena de constantes y complejas negociaciones para las cua-

les, en algunos casos, existían “orientaciones” culturales más o menos claras, si bien para otras no. De cualquier modo, lo que constata Castañeda es la tendencia creciente a la ruptura del “modelo mesoamericano” en la comunidad de Tecpyanco: nuevos asuntos, nuevos actores están entrando en la arena y obligando a las familias a buscar arreglos novedosos. La etnografía sugiere que existen dos elementos centrales que están modificando los escenarios tradicionales del sistema de herencia: la migración internacional y el trabajo femenino. Sin embargo, hay diferencias entre hombres y mujeres. Porque los hombres, aunque migren, cuentan todavía con ciertos recursos asignados, en tanto que las mujeres han tenido que empezar a construir y defender espacios que les permitan disponer de los bienes que ellas mismas, con su trabajo, generan.

En general, los primeros cuatro capítulos del volumen comparten la preocupación por explorar, en términos empíricos y analíticos, lo que sucedió en la década de los noventa al interior de las comunidades, de las familias, de la organización social rural. Los dos finales, en cambio, centran su atención en los cambios que ha experimentado la condición femenina, urbana y rural, por su participación explícita en programas y actividades públicas.

El capítulo de Domitila Avila López, “Mujeres rurales en la ciudad de Puebla: Salud reproductiva, vulnerabilidad y empoderamiento” (págs. 125-157) se basa en las narraciones, recogidas por la autora, de ocho mujeres de origen rural, en edad reproductiva (entre 22 y 38 años), que viven en los “llanos del sur de la ciudad de Puebla”, es decir, en la periferia urbana donde coexisten “identidades diversas y contradictorias”, aunque se trata mayoritariamente de gente originaria del mundo rural (pág.137).

Para las mujeres, la migración a la ciudad si bien “ha propiciado la emergencia de nuevas prácticas matrimoniales” (pág.141) no ha supuesto modificaciones en el ámbito de las obligaciones y quehaceres domésticos en las parejas. Las mujeres pueden trabajar o no, pero el hacerlo no las exime de todas las tareas de la casa y el cuidado de los hijos. Lo que sí parece haberse mitigado en las generaciones jóvenes es la violencia doméstica contra las mujeres. De esa manera, las migrantes valoran positivamente su desplazamiento a la ciudad en tanto cuentan con más y mejores servicios, en especial la educación para sus hijos.

En "Empoderamiento y sustentabilidad: la experiencia de una organización de mujeres nahuas en la Sierra Norte del estado de Puebla" (págs. 159-183), Beatriz Martínez Corona analiza el desarrollo de la Sociedad de Solidaridad Social (MSM), surgida en 1985, para "mejorar la producción y comercialización de artesanías textiles" (pág. 159). La autora constata una serie de cambios en las relaciones de género que atribuye a la MSM. Y, ciertamente, la participación de las mujeres en alguna organización, más aún una tan activa como parece ser la MSM, suele desatar procesos de cambio, sin duda, de empoderamiento también, persistentes y que van más allá del ámbito estricto de acción o influencia de las organizaciones.

Los seis artículos reunidos en *Voz Propia* dan cuenta de lo que está sucediendo en diversos espacios, sobre todo rurales, del centro de México. Allí, en esos microcosmos sociales, las autoras han sabido detectar y explicar las transiciones, impactos y nuevos escenarios que ha supuesto, de manera muy concreta, la globalización en esa porción del mundo rural mexicano. Una constatación resulta inevitable. Hoy por hoy, el impacto de la migración internacional, que en la actualidad parece operar sin competencias ni contrapesos laborales de ningún tipo, en ningún lugar, ha llegado y está afectando áreas muy sensibles, básicas de la organización social indígena y campesina. Para decirlo en términos actuales, la migración internacional ha alcanzado al disco duro de la vida y la reproducción social campesina: los patrones de residencia, herencia, endogamia, jerarquías de género y generación que eran los que organizaban la cooperación familiar campesina tradicional están siendo severamente trastocados. Es una dinámica que gana terreno en el mundo rural con consecuencias en múltiples ámbitos. Un estudio reciente ha documentado cómo en las familias alfareras de Patamban y Zipitajo en Michoacán, la migración internacional de los hombres y la auténtica subversión de las jóvenes que también buscan irse al otro lado, ha comenzado a afectar la sobrevivencia de los oficios artesanales cuyo componente de trabajo femenino estaba estrechamente asociado con las normas de la organización social tradicional (Moctezuma Yano, 2002).

La migración femenina internacional de los últimos años ha contribuido a lo que pareciera ser un cambio crucial en la condición femenina rural: que las mujeres esgriman razones personales como el amor, el querer estar junto a sus maridos, compartir con ellos las vicisitudes de la vida en el otro lado es

una gran novedad de los discursos y prácticas femeninas frente a los cuales la sociedad carece hoy en día de argumentos convincentes para confrontarlos. Esos discursos y prácticas de las mujeres pueden ser vistos como un indicador, como un marcador del tránsito de las sociedades de adscripción a las sociedades de individuos, es decir, el paso de las obligaciones sociales centradas en los compromisos comunitarios al reconocimiento de los derechos de los individuos (Fishburne, 1997). Obligaciones femeninas como la de quedarse en la casa de los padres de los maridos, que durante tanto tiempo garantizaron el servicio y la compañía a los suegros, que apoyaron el retorno de los ausentes a los terruños, han sido subvertidos por argumentos que hablan de intereses, valores, sentimientos personales de las mujeres que resultan tan inesperados como incontrovertibles.

En ese sentido, podría pensarse que ha llegado el momento de comparar y evaluar los impactos diferenciales que han tenido las migraciones internas e internacional de los campesinos mexicanos a lo largo del siglo XX. Para esa tarea, aunque no solamente para ella, *Con Voz Propia* forma parte de la bibliografía indispensable.

Reseña de Patricia Arias

REFERENCIAS

- Durand, Jorge, "¿Nuevas regiones migratorias?" en René M. Zenteno (Coord.) *Población, desarrollo y globalización*. México, SOMEDE-El Colegio de la Frontera Norte, 1998. Pp.101-115.
- Fishburne Collier, Jane, *From Duty to Desire*. Princeton, Princeton University Press, 1997.
- Moctezuma Yano, Patricia, *Artesanos y artesanías frente a la globalización: Zipitanga, Patamban y Tonalá*. San Luis Potosí-Zamora, El Colegio de San Luis-El Colegio de Michoacán-FONCA, 2002. 237 p.
- Robichaux, David, "Hombre, mujer y la tenencia de la tierra en una comunidad de habla nahuatl del Estado de Tlaxcala" en Josefina Aranda Bezaury (Comp.) *Las mujeres en el campo*. Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988. Pp.83-100.